

de María los que la sirven fielmente, los que la veneran con religiosidad, y los que la aman con fervor; y por lo mismo que con esta vuestra frecuencia, y con esta vuestra devoción me ofreéis pruebas evidentes de que servís con fidelidad, veneráis religiosamente y amáis con fervor á María, reconociendo en vosotros á sus hijos primogénitos, puedo concluir muy bien, que Ella nace en singularísimo provecho vuestro.

Holguémonos, pues, con santo gozo, y alegrémonos en este día del nacimiento de la Virgen. Si grande fiesta hicieron Abrahán por el nacimiento de Isaac, Ana por el de Samuel, y la casa de Zacarías por el del Bautista; mayor fiesta debemos celebrar nosotros por el natalicio de Aquella, que vino al mundo dispensadora de gracia y de salvación. Regocijémonos con María por su dignidad sublime, por sus singulares privilegios, y por sus extraordinarias prerogativas: alegrémonos por haber recibido una Madre tan excelente, y una Reina tan poderosa, siempre pronta para acogernos, y siempre propicia para consolarnos. Y mientras que los ángeles, contemplando la hermosa Niña salida de las entrañas de la madre se regocijan, ofreciéndole aplausos proporcionados y dignos, confesemos con nuestra alegría, que este nacimiento causó verdaderamente gozo á Dios. fué honorífico para María, é inundó de júbilo á todo el género humano; pudiéndose repetir con toda verdad en esta ocasión las palabras del libro de Esther: *Nova lux oriri visa est, gaudium, honor et tripudium.*

NATIVIDAD DE MARÍA.

DISCURSO II.

Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens, electa ut sol, pulchra ut luna, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, brillante como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército formado en batalla?

(CANT. VI, v. 9.)

Este oráculo se cumplió en la cuna de María. Al tiempo de aparecer Ella á la tierra exclamaron los ángeles del Cielo: «¿Quién es esa que se adelanta como la aurora cuando sale, brillante como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército formado en orden de batalla?»

Vivían las generaciones en una noche de tinieblas, de crímenes y de errores: cuarenta siglos de mentiras se habían extendido por el universo y oscurecido toda verdad: María, verdadera aurora del día de la gracia, viene á disipar estas sombras y desterrar esta noche. ¿Quién es esta que se levanta como la aurora? *Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens?*

La aurora no es más que la mensajera del astro del día; y el profeta añade, que la Virgen inmaculada es brillante como el sol, *electa ut sol*; porque la gloria de la Maternidad divina que le está preparada, se confundirá, en cierto modo, con la gloria del Verbo encarnado, verdadero Sol del mundo sobrenatural. Ella es hermosa como la luna, *pulchra ut luna*, porque la suave luz que debe reflejar, tendrá su origen en los resplandores del Verbo divino hecho hijo suyo; y porque su trono, rodeado de candor y clemencia, será siempre accesible á los desgraciados hijos de Eva mientras dure su destierro en

este valle de lágrimas. Su poder será terrible como el de un ejército preparado para la batalla, porque el sublime destino de María la llama á proteger á la Iglesia militante contra los implacables enemigos del género humano: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*.

Confundamos, hermanos míos, confundamos nuestros homenajes y amor con los que tributan los ángeles del Cielo ante la cuna de nuestra Hermana y su Reina: celebremos el nacimiento de esta niña como el día más feliz que ha amanecido para el mundo, despues de aquel en que nació el Mesías; y busquemos en el misterio de la Natividad de María las enseñanzas, consuelos y gracias de que es un manantial inagotable; pero ántes saludémosla con las palabras del ángel. A. M.

El nacimiento de la Virgen Santísima es el principio de un gozo universal. Así lo pregonaba la Iglesia con santo enajenamiento: *Nativitas tua gaudium annuntiavit universo mundo*: tu Natividad anunció el gozo al mundo entero. En efecto; antes del nacimiento de María veíase rodeada de dolores y lágrimas la cuna de todos los hijos de Adán: con una alegría pasajera se habían mezclado siempre amargas tristezas, gritos lastimeros, tribulaciones y angustias; y las quejas que exhalaba Job acerca del día de su nacimiento, habían hallado un eco lamentable en los hijos de todas las madres. «Perezca el día que me vió nacer,» decían los vagidos del recién nacido; pero el nacimiento de María es el principio de un gozo universal. Este nacimiento es la alegría de Dios, de los ángeles y de los hombres.

María vivía en el pensamiento de su Criador: «Aún no eran los abismos, y ya era yo concebida»; pero nadie más que Dios conocía esta existencia típica, mental; Él solo tenía el secreto de ella; Él solo fijaba la mirada de su eterno amor en Ella. Mas en el día de la Natividad de María se descubrió al universo este rico tesoro: esta perla misteriosa salió, al fin, del vasto océano de la misericordia infinita. ¿Y quién se fermará una idea del gozo inefable de las tres personas divinas en el instante que Santa Ana dió á luz la Virgen purísima? Desde su magestuoso santuario se inclina el Eterno Padre hácia la cuna en que se oculta el destino sobrenatural del universo, y fija su paternal mirada en aquella hija de Eva, que por sus eternos decretos está llamada á participar en el tiempo de su fecundidad incomprensible. ¡Ah, cristianos! si Dios se detenía á contemplar complacido las virtudes de Job; si derramaba palabras de admiración sobre este varón justo; ¡cuánta no debió ser su alegría cuando, desde las alturas de su

gloria, miraba la cuna en que se mecía la Virgen santísima! Si el Hijo de Dios cedió á un sentimiento de admiración, y se dejó arrebatado de una especie de entusiasmo divino á vista de la fé de la Cananea, ¡qué dicha y qué gozo no experimentaría al ver abrirse aquella flor virginal que debía darle á la tierra como el fruto de vida! ¡Oh! con qué complacencia y amor debió mirar el Verbo del Padre á la Virgen sin mancha, que venía al mundo para darle la túnica de nuestra carne! El libro de la Sabiduría nos enseña, que el Espíritu Santo contempla con cierta admiración las almas adornadas de la castidad y la inocencia: *O quam pulchra est casta generatio!* (1) «¡Oh! cuán hermosa es la generación casta!» Pues cuando el Espíritu Santo ve en una cuna el tabernáculo virginal, en que su infinita caridad debe unir con un nudo eterno la naturaleza de Dios y la del hombre, el Verbo del Padre y la carne del hijo de Adán; ¿quién tratará de medir lo extenso y profundo del gozo inefable de las tres personas divinas en el día de la Natividad de María?

El nacimiento de esta Niña es el principio y la causa de un gozo infinito para los ángeles del cielo. Los espíritus fieles habían conocido, desde el principio, el misterio de la Maternidad divina de María; habían sacado la vida sobrenatural de la gracia de los méritos del hombre Dios, y la dulce Virgen era su esperanza y el objeto más tierno de su amor. Mas ¡cuánta distancia hay, mis amados hermanos, de una esperanza á la realidad del objeto que promete el amor! ¡Cuánta distancia hay de un deseo á la posesión de lo que le ha producido! Figuraos las inteligencias celestiales blandamente inclinadas hácia el modesto asilo que encierra la cuna de la Madre de Cristo, de la Reina del mundo, y formaos una idea de los inefables trasportes de aquellos espíritus sin cuento, cuando vieron levantarse sobre la tierra á la que la Iglesia llama Estrella de la mañana. Los serafines se regocijan, viendo encenderse en el corazón inmaculado de María unas llamas más vivas y una claridad más abundante y profunda, que el fuego que á ellos los abrasa al pié del trono de Dios. Los querubines saltan de contento al columbrar á Aquella, cuyo seno virginal debe derramar la luz eterna sobre este mundo. Los tronos, las dominaciones, los principados, las virtudes y las potestades, celebran en su júbilo los triunfos, el imperio y la fuerza de la que será terrible como un ejército ordenado en batalla. Los ángeles y arcángeles se preparan á ejecutar la voluntad de su augusta Soberana, y se estremecen de alegría al pensar que serán

(1) SAP. IV, v. 1.

algun día los mensajeros de sus gracias y los misioneros de su clemencia. No lo dudemos, hermanos míos; el día del nacimiento de la Virgen inmaculada fué uno de los mejores días para el Cielo; y podemos pensar, razonablemente, que los sublimes espíritus á quienes llama S. Pablo los servidores de los que deben recoger la herencia de la salud, cantaron un nuevo cántico, cuando desde la mansión de la gloria descubrieron á la Madre de la divina gracia, á la amable Reina de todos los predestinados.

El nacimiento de María, principio de alegría de los ángeles, derrama también un torrente de paz en el seno de Abrahán, á donde habían ido á reunirse todos los justos que vivieron bajo la ley natural y la de Moisés. Ya hemos hecho observar, que estas almas santas estaban, por decirlo así, extenuadas de esperanza; y á su impaciente amor habían parecido bien largos los siglos que los separaban del día tan deseado del Mesías. ¡Qué alegría para ellos cuando los ángeles que los visitaban fueron á anunciarles, que la raíz de Jesé había dado su flor más hermosa! Ciertamente, amados hermanos, si aquellos predestinados de las edades preparativas del Mesías, habían hallado motivos de confianza en la sola idea del destino futuro de la Madre de Cristo, ¿qué pasaría en su morada cuando los resplandores que salían de la cuna de la Virgen cantada por Isaías, fueron á derramar los primeros rayos del día naciente de la gracia?— Aquellos dichosos cautivos de la esperanza van á descansar inmediatamente á la sombra de las virtudes y bendiciones de su augusta Soberana. Atentos á seguir todos los movimientos de su corazón inmaculado, mezclarán también sus suspiros y lágrimas en los grandiosos misterios que se han de extender para María, desde su nacimiento en un oscuro rincón, hasta la muerte de su Hijo en la cruz. Pero, el gozo de que es manantial inagotable para ellos la natividad de la Virgen, suspende toda tristeza y dolor en los Limbos, y solo deja lugar á los trasportes de la admiración y á los santos desahogos de la gratitud. «¡María! tu natividad anunció el gozo al mundo entero.» Sin embargo, los ángeles caídos no participan de este gozo. Como enemigos implacables de las glorias del Hombre Dios y de las grandezas de su augusta Madre, no ha habido medio que no pongan por obra para trastornar el consejo de Dios sobre la apoteosis de la naturaleza humana; su envidioso ódio, empero, ha tornado en vergüenza para ellos; y aunque ignoran el instante preciso de las antiguas misericordias, conocen desde lo profundo de su tenebroso imperio, que no tardarán en cumplirse los santos oráculos. La profecía de Isaías los irrita, y comprenden que no

está lejos la hora en que el Cielo dé á la tierra la enemiga más formidable de las falanges de Satanás.

La tierra no ha podido recibir en su seno á la Reina de los ángeles sin saltar de júbilo; y aunque Lucifer en su indomable orgullo se esfuerza en ocultarse á sí mismo el cumplimiento próximo de los oráculos inmortales, presiente demasiado que no está lejano el día de su ruina é ignominia, por el terror involuntario que se apodera de él en las negras cárceles de la justicia eterna. Así, pues, la Natividad de la Virgen Santísima es el origen más puro para todo el universo; pero también es la prenda más dulce de la misericordia divina para con el género humano.

No ignorais, amados hermanos míos, que después del pecado de nuestros primeros padres cayeron sobre la tierra las maldiciones divinas, y ya hacía cuatro mil años que llevaba la marca de la venganza celestial. La idolatría había casi aniquilado el culto del verdadero Dios en el mundo; y si se conservaban puras las tradiciones relativas al Mesías en el seno de la nación heredera de la divina promesa, la familia carnal de Abrahán había provocado más de una vez la ira de su Dios en el largo transcurso de las edades. Los tiempos que preceden inmediatamente al nacimiento de María, nos presentan la descendencia real de David como una generación olvidada y casi extinguida. Los últimos vástagos de este tronco, seco por decirlo así en su raíz, parecen consumidos, y la familia de que debe nacer el Mesías, está como perdida en la humillación de una pobreza hereditaria. Judá se halla abatido, y se le ha caído de las manos el cetro del poder. Los romanos, dominadores del mundo, parece que han fundado para siempre la gloria del Capitolio. Los sagrados oráculos han enmudecido, y ya no se oye la voz de Jehovah en el Santo de los santos. Cualquiera diría, que el Dios de Abrahán ha entregado las doce tribus á la eterna tiranía de los procónsules y dictadores de Roma idólatra, y que cansado del empedernimiento y corrupción de su pueblo no se acuerda ya de sus antiguas misericordias. Pues en el instante mismo en que los consejos de la sabiduría humana se han agotado, cuando los espíritus de tinieblas han perdido el rasgo de destino prometido al último vástago de David, entónces hace la divina clemencia que nazca en Nazareth la Virgen inmaculada.

Para formar alguna idea de la grandeza del dón que recibe el linaje humano por la natividad de la Virgen, recordemos que María, en el primer día de su vida, se aventaja á todos los ángeles del Cielo en perfecciones sobrenaturales, en méritos y en virtudes. Esta proposi-

cion os admira, cristianos, y acaso la mireis como una exageracion de aquellas que permite el entusiasmo á la piedad filial; pero os parecería evidente si reflexionaseis sobre la economía con que el Dios santísimo distribuye los dones sobrenaturales de la gracia á los predestinados del Cielo de la gloria. A cada uno se dá la gracia segun la vocacion á que Dios le destina. De donde se infiere en buena lógica, que habiendo sido predestinada la Virgen Santísima á la vocacion sublime de Madre de Dios, la gracia que recibió en razon de esta vocacion eminentísima, excede sin medida la suma entera de las gracias concedidas á los ángeles y á los santos. Esta doctrina es la de San Pablo, el cual nos enseña, que á cada uno se dá la gracia segun los fines de la Providencia y los diversos ministerios que está destinado á cumplir: *Idoneos nos fecit ministros novi testamenti*. Fundados en estos principios de la más sana teología, debemos creer que la Virgen, al tiempo de su nacimiento, llevó en su alma una abundancia de gracias, de santidad y de virtud, que es imposible reducir á medida. Ella es aquel vellon misterioso sobre que cayó todo el rocío del cielo de la gracia. Y porque la gracia, no puede comunicarse á una criatura más que en un grado finito, debemos admitir que el alma purísima de la Madre de Jesús, desde el dia de su concepcion y natividad, recibió de su Hijo y Dios una medida ascendente y progresiva de gracias, cuyo precio y profundidad no puede ningun espíritu creado calcular ni sondear.

Así, hermanos míos, mientras la tierra se ve envuelta en una noche de cuarenta siglos de errores, mentiras y crímenes, viene el alma inmaculada de María á despedir tan vivos resplandores y derramar unas riquezas tan abundantes sobre el mundo entero, que los ángeles de Dios se quedan absortos y pasmados. Si quereis saber ahora la gratitud que debe rebosar en nuestras almas por la natividad de María, no olvideis jamás, que este misterio es para la humanidad la prenda de la misericordia divina, y el principio de los caminos inefables por donde llega hasta nosotros el Dios invisible y tres veces santo para levantarnos hasta Él. María, al nacer, es ya llena de gracia, es la mujer fuerte é invencible, que viene á destruir el antiguo anatema que nos oprimía: es la divina Eva, que va á ser Madre de una descendencia santa, de un pueblo de escogidos, de una posteridad llamada por su alto destino á una apoteosis divina.

Así, hermanos míos, la cuna de María derrama sobre el lugar de nuestro destierro el rocío de la gracia que hará brotar todos los santos. Su corazón inmaculado, dentro del cual prepara ya la Sabiduría

eterna la sangre que debe ser la vestidura humana del Hijo único de Dios, contiene el germen de la divina descendencia, cuya madre será María. Un patriarca antiguo decía á Rebeca: «Tú llevas dos naciones en tu seno;» pero nosotros podemos decir á María, fijando una mirada amorosa en su cuna: ¡Oh Virgen bendita entre todas las vírgenes! Tú no llevarás en tu casto seno dos pueblos, sino todos los escogidos de la gracia y de la gloria, el Rey de los reyes, el Criador de los ángeles, el Señor del universo. Tu corazón, ¡oh Virgen bienaventurada! es ya tan grande por el amor, que Dios mismo podrá descansar en él. María nace para ser el instrumento de la salvacion del mundo, la medianera de los ángeles y los hombres con su Hijo y la reparadora del universo; sobrepujando la santidad y pureza de su corazón á la santidad y pureza de toda criatura, mereció ser la dignísima reparadora del mundo perdido.

Con todo; su cuna se verá rodeada de la humildad más profunda, de la más absoluta desnudez, de la pobreza y del olvido. María nace en la aldea desconocida de Nazareth y en la oscura casa del anciano Joaquin; y su familia olvidada, sus parientes y deudos reducidos á la pobreza, no sospechan siquiera los prodigios que deben salir de aquel lugar por la divina omnipotencia. Dios rodea la cuna de su Madre santísima del lujo de la abyeccion, para ocultar mejor á Lucífer el misterio del nacimiento del hombre Dios; y para proteger á María contra las asechanzas de los espíritus de tinieblas, pone la divina Sabiduría el lugar de su nacimiento en una aldea, una casa y una familia ignoradas. Naciendo la Virgen celestial en medio de estas privaciones y pobreza, de que se horrorizan nuestra sensualidad y orgullo, ensaya los profundos consejos de su Hijo, y echa en su cuna las primeras semillas de la rehabilitacion y salvacion del mundo. Como reina de la humildad, condena al nacer la soberbia que tiraniza al hombre: como reina de la gracia, nace pobre para enseñarnos, que las únicas riquezas dignas de nuestra ambicion deben ser aquellas cuyo manantial está oculto en su corazón: como reina de la pureza y la inocencia, nace para padecer, para enseñarnos que desde la era de su natividad el camino de la vida eterna será solamente accesible á las almas crucificadas. Por eso la natividad de María, tan abundante en dones del cielo, no tiene absolutamente nada de los bienes materiales y perecederos que la sinagoga obcecada quisiera hallar tambien en el Mesías á quien aguarda.

No concluyamos, hermanos míos, esta meditacion sin exigir á nuestra fé y á nuestros corazones algunos sentimientos de admiracion,

confianza, piedad filial y amor hácia la dichosa madre que acaba de dar al mundo la Hija amada del Padre celestial, la Madre del divino Hijo y la Esposa inmaculada del Espíritu Santo. Eva, despues de dar á luz su primogénito, se entrega á la alegría, y sin embargo, este hijo debe causar la vergüenza de su madre. Jacob decía á Ruben: «Ruben, tú has sido el origen de mi fortaleza, el principio de mi gozo paternal.» «La mujer, decía el Salvador, en los dolores del parto está poseida de tristeza, porque ha llegado su hora; pero luego que ha nacido su hijo, no se acuerda ya de sus dolores.» Segun muchos teólogos católicos, santa Ana parió sin dolor á la que concibió sin transmitirle la culpa original; y si es lícito conjeturar, que esta alma grande había sabido por los ángeles del cielo algo del destino reservado á María, ¿dónde hallaremos palabras capaces de expresar las delicias de su corazón maternal, cuando criaba á la que debía alimentar un día con su leche virginal á un Dios?

Busquemos á menudo, mis amados hermanos, á la Virgen celestial en los brazos y en el regazo materno: reanimemos sin cesar nuestra piedad y devoción hácia el misterio de la Natividad de María; y digamos á esta Señora: ¡Oh Niña bienaventurada! ¡oh Virgen inmaculada! bendita, alabada, amada y ensalzada seas para siempre por esas legiones de ángeles que rodean tu cuna; recibe de mi boca y de mi corazón unos homenajes que yo quisiera igualasen á tus méritos y virtudes; hazme comprender el misterio de tu santa infancia; déjame descubrir en el modesto asilo que ocupaste al venir á la tierra de nuestro destierro, los rayos de gracias y los resplandores celestiales que, únicamente, pueden guiar nuestros pasos por las sendas que conducen á Tí; y ya que no me es dado poder amarte tanto como deseo y mereces, quiero amarte y bendecirte por siempre con el corazón y por la boca de tu augusta madre, á quien quiero pedir todos los días que me alcance la gracia de contemplarte y amarte con ella por los siglos de los siglos. *Amen.*

DULCE NOMBRE DE MARÍA.

DISCURSO I.

Secundum nomen... laus.

Como tu nombre así es tu gloria.
(PSALM. XLII, 10.)

Dios suele trocar el nombre de sus siervos cuando los elige para una misión grande. Así lo hizo con Abrahán, cuando al pactar la alianza con él, queriendo darle una numerosísima descendencia, le ordenó que se llamase Abrahán, nombre que significa padre de un gran pueblo (1). Lo mismo hizo con Jacob, á quien le ordenó trocar su nombre por el de Israel, en premio de la lucha que había sostenido valerosamente con el ángel (2). Y en los albores de los nuevos días hizo lo propio con Simon, cuando al constituirle cabeza de su Iglesia, le ordenó que se llamase Pedro (3). Está, pues, fuera de duda, que Dios usó con frecuencia trocar el nombre de sus escogidos, al llamarlos para una misión extraordinaria.

No así procedió con María. No obstante de que Ella fuese elevada á una dignidad suprema, ensalzada al mayor de los honores y escogida para singularísimos ministerios, su nombre fué siempre el mismo. En Nazareth es María, en Belén es María, en Egipto es María, en el Calvario es María; Hija, Esposa y Madre de Dios, su nombre es constantemente el de María. Con el mismo nombre la vemos llamada cuando, niña aún, se encierra en el Templo, y se consagra virgen al Señor; é igualmente, cuando el arcángel vá á anunciarle la maternidad divina; y con este nombre se la llama cuando es acerbamente traspasada por la espada de dolor, y cuando sube al Cielo, Reina de los ángeles y de los hombres.

¿Cómo, pues, Dios no ordenó á María lo que á otros eminentes va-

(1) GEN. XVII, 5.

(2) GEN. XXXII, 28.

(3) MAR. III, 16.